



DELEND A EST ARCHITECTURA

**Por Rafael DE LA-HOZ
Dr. Arquitecto**

DELENDIA EST ARCHITECTURA

**Por Rafael DE LA-HOZ
Dr. Arquitecto**

INTRODUCCION:

Como nuestro lectores conocerán, se está celebrando en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid, un Curso de Especialidad en Tecnología de los Edificios Inteligentes, que forma parte del IV Master en Tecnologías Avanzadas en Construcción Arquitectónica.

El día 10 del corriente mes de enero pronunció la Conferencia inaugural del citado Master el prestigioso y querido Rafael de la Hoz, Doctor Arquitecto, ex-Presidente de la Unión Internacional de Arquitectos, U.I.A. y ex-Presidente asimismo del Consejo Superior de Arquitectos de España.

Esta conferencia magistral representa un agudo y extraordinario análisis del presente y futuro del Arquitecto en España y otros países. No dudamos que el citado trabajo alcanzará la difusión e interés que la calidad del mismo merecen, como alcanzó en su primera lectura en Chicago, Junio de 1993, con motivo del Congreso Mundial de la U.I.A.

Chicago, 24 de Junio de 1993.

Por primera vez se celebran simultáneamente cuatro importantes eventos profesionales:

La Convención Nacional del Instituto Americano de Arquitectos, la del Comité Internacional de Críticos de Arquitectura., más la Asamblea y el Congreso Mundial de la Unión Internacional de Arquitectos.

– Posiblemente uno de los mayores encuentros jamás habidos en el seno de dicho colectivo–.

En tan impresionante contexto y al filo de la solemne sesión de clausura, el Presidente del Real Instituto de Arquitectos Británicos –RIBA– Mr. Franck Duffy, toma oficialmente la palabra y pide a todos los presentes la máxima solidaridad.

No le faltan motivos para ello.

Las autoridades inglesas han decidido desregularizar la profesión de arquitecto con todas sus consecuencias.

El Registro Oficial de Arquitectos del Reino Unido, -ARCUK-, desaparecerá y dicha profesión quedará abandonada a su suerte. En adelante, todo ciudadano comunitario podrá ejercerla aún careciendo de preparación específica para ello.

Apenas sin solución de continuidad, Herr Werner Winterstein, Presidente del Instituto de Ingenieros y Arquitectos de la República de Austria, presenta otra angustiada petición de auxilio.

Su caso es aún más desconcertante.

El Gobierno austriaco ha decidido suprimir la Ley que autoriza a todo ciudadano que haya superado los correspondientes estudios universitarios, a recibir el título de Arquitecto o, simplemente, a ser descrito como tal, prohibición que, curiosamente, hace extensiva a todo aquel que NO haya cursado dicha carrera.

- En Austria, de la profesión de Arquitecto no quedará, en consecuencia, ni siquiera el nombre-.

De repente sobrevino un silencio tan elocuente como incontrovertibles eran los hechos:

Desde mañana, en la patria de Sir Christopher Wren, o en aquella otra de Otto Wagner, la arquitectura podrá, literalmente, ser proyectada o dirigida por cualquier menestral sin otra condición que la de no hacerse llamar "arquitecto".

"Delenda est Architectura"

En los ojos de todos los presentes se leía una misma expresión: Incredulidad.

- Siempre es duro volver a la realidad después de un Congreso-.

Su crispada reacción no se hizo esperar:

"¿Pero qué está pasando en Europa?"

El que, desde hace un largo decenio, la arquitectura cayó en desgracia en el Reino Unido, no era cosa nueva para nadie bien informado.

Tampoco el que sus gobernantes se afanan, y hasta se desvelan, por exportar tan inconcebible política al resto de la Comunidad Europea.

Incluso la "Solución Final" -especie de "Letzte Lösung" - recién anunciada, era una de esas sorpresas, por temibles, largamente esperadas.

Pero que un país aún no perteneciente a la Comunidad y por otra parte asiento de fina tradición arquitectónica, como lo es Austria, se encuentre ya, y con tamaño virulencia, contagiado de tal síndrome, excedía la capacidad de asombro y justificaba toda alarma.

Más aún cuando, de acuerdo con el testimonio de Winterstein, la metástasis del mal más allá de las fronteras de la Europa Comunitaria, solo acaba de comenzar.

En estos momentos también la inteligencia de Europa se plantea alarmada los interrogantes que tan inexplicable política suscita.

¿Es un producto refinado de la Cultura Europea o una tácita renuncia a ella?

Dejemos que contesten los hechos, y a ustedes el veredicto:

Desde la creación del Mercado Común y a las dificultades inherentes a la práctica de la arquitectura, se han ido sumando las, no pocas, derivadas de la asunción de pluralidad y cambio de escala que conlleva la pertenencia al mismo.

Y por si no fueran suficientes, vienen emergiendo otro tipo de problemas que por su desproporción y arbitrariedad, tienen sumida en profunda ansiedad a la profesión.

Esta se encuentra avocada a encarar el nuevo reto, a resolver el enigma de su incierto futuro e indagar lo que se le viene encima, saber a donde va o, mejor dicho, a donde la llevan.

Difícilmente podría haber venido esta prueba en momento menos oportuno.

Margarite Yourcenar cuenta que una vez encontró, en una carta de Flaubert, esta frase inolvidable: "los Dioses no estaban ya, y Cristo no estaba todavía, y de Cicerón a Marco Aurelio, hubo un momento único en el que el hombre estuvo sólo".

En nuestro tiempo presente, muertas las ideologías con una Sociedad errante a la búsqueda de su alma extraviada, como el hombre de Flaubert, nos hemos quedado en situación de desamparo.

Parece como si –y no sólo en Arquitectura– el siglo XX hubiera sido un siglo perdido.

Una centuria en la que florecieron todas las ideologías, pero en la que también todas ellas sucumbieron.

La última utopía es hoy la creencia en el final de dichas ideologías, de la historia.

Soplan vientos de escepticismo, de crisis.

El concepto "crisis" se representa desde los viejos tiempos de Catay por dos ideogramas: Un kenjy significa Angustia, el otro Esperanza.

Y etimológicamente quiere decir lo que va de la Angustia a la Esperanza, esto es: Decisión.

Con lo que se concluye que dicha situación no es en sí misma negativa, sino la antesala de la Creatividad.

Inspirado por este espíritu de creatividad positiva, pero también con todo pragmatismo, el Consejo Europeo de Arquitectos ha iniciado el estudio de la crisis actual formulando una encuesta exhaustiva entre sus miembros para hacer aflorar los peligros, desafíos y cuestiones prioritarias que la profesión enfrenta en su nueva circunstancia.

Me ha cabido la satisfacción de presidir el equipo que ha analizado los resultados.

Algunos eran de esperar.

Por arquitectos somos individualistas, y por europeos, variopintos y plurales.

Nada más lógico, pues, que la gran variedad y riqueza de ideas recibidas.

Por lo que, pese a ese inefable denominador común o espíritu colectivo que, más allá de las nacionalidades, nos identifica como seres pertenecientes a una misma especie cultural –diversidad y unidad a un tiempo–, habría sido particularmente difícil sintetizar lo que los arquitectos esperan de Europa.

Por contra, jamás habríamos podido sospechar lo fácil que resultaría descubrir aquello que Europa exige, de sus arquitectos.

Esto es:

*que trabajen a cambio de honorarios absolutamente mínimos.

*que se sometan incondicionalmente a las órdenes del Contratista.

El que, como veremos, la Arquitectura sufra las consecuencias, parece no importar.

No responde esta drástica determinación a filosofía, teoría o pensamiento superior alguno.

Llegado el momento de adjuntar al Mercado Común una política europea, ésta nace vacía de inspiración, de ideales. –Detrás no existe nada–.

De acuerdo con Finkelkraut “ya no hay políticos de derechas o izquierdas. Solo quedan tecnócratas con reflejos de clase” poseídos por un entusiasta materialismo contracultural, dedicados en exclusiva a reducir la inflación y a aumentar el crecimiento.

La única realidad que para ellos parece existir es la creencia, casi teológica, en el libre mercado, en la competitividad a muerte sin otra ética que la sacralización del monetarismo convertido en el “Becerro de oro” universal.

Es la invitación a retroceder a la ley del triunfo del más fuerte, a un “neo-darwinismo” elevado a religión, olvidando que lo único que nos distingue como seres superiores es justo lo contrario, la capacidad del fuerte de renunciar a devorar al débil y hasta de procurar que éste no perezca.

Cuando se inauguró la actual exposición de fósiles humanos en el Museo de Historia Natural de Nueva York, L.J. Gowan, paleo-antropólogo y viejo amigo, me acompañó a visitarla.

Allí están todos los que, con seguridad estadística, fueron nuestros más famosos antepasados, desde Lucy hasta el hombre de Pekín, desde el de Neanderthal al de Cromagnon. Todos.

¿Como sabéis los especialistas que uno de estos especímenes ya ha dejado de ser un “*Pithecanthropus erectus*” para pasar a ser del todo un Hombre?, fue mi obligada pregunta.

“Existen diversas teorías irreconciliables –me contestó– pero sí estamos todos de acuerdo en que, cuando se encuentran pruebas inequívocas de que ese ser ha sido capaz de compasión, piedad o misericordia, el hallazgo, por ejemplo, de un anciano desdentado que ha sobrevivido más allá de su término biológico porque alguien, durante años, previamente le masticó la comida, ese ser ya ha alcanzado la plena categoría de Hombre”.

No se nos puede pues exigir que en nombre de una supuesta competitividad dejemos de ser plenamente Hombres para devenir medio Arquitectos.

Más aún cuando esa competitividad que se nos reclama no lo es por la Calidad, sino solo por los intereses materiales de las Grandes Constructoras, y terminamos por descubrir que la Europa que estamos construyendo no es la Europa de la Cultura sino la Europa de los Mercaderes.

Que Euromercado no significa precisamente Inspiración.

Pero no adelantemos conclusiones.

Habíamos constatado que una de las exigencias que el Mercado Común pretende de sus arquitectos es que estos trabajen a cambio de honorarios “bajo mínimos” y, si se terciá, por honorarios nulos.

Para ello la consigna dada ha sido fomentar la insolidaridad y someter a los arquitectos a competitividad salvaje.

A tal fin los "expertos" han utilizado dos recursos clásicos:

Inundar el mercado de "mercancías" –arquitectos– y saldar los "precios" –honorarios–.

El primer objetivo ha exigido una previa operación, –hoy casi consumada–, consistente en la

I Masificación de la profesión.

Este objetivo era ya un viejo sueño de políticos en la España de los "duros cuarenta". El Excmo. Ministro de Educación Nacional, D. José Ibáñez Martín, proclamaba con toda franqueza: "No des-cansaré hasta ver a los arquitectos conduciendo tranvías".

Una de las exigencias que el Mercado Común pretende de sus arquitectos es que estos trabajen a cambio de honorarios "bajo mínimos"

– Legítima aspiración que no se vió finalmente satisfacer, por carencia de tranvías–.

Sin embargo, los orígenes de la masificación hay que buscarlos en la Europa de finales de los sesenta.

El gran desarrollo económico había desbordado la demanda de arquitectos.

Con una población profesional dimensionada para parámetros económicos inferiores –recordemos que el número "necesario-suficiente" de arquitectos de un país es función lineal de su Producto Nacional Bruto–, la avalancha de trabajo superó con creces la capacidad operativa de los profesionales existentes.

La calidad del trabajo se resiente, los arquitectos devienen nuevos ricos y las vocaciones se disparan. Hijos y sobrinos de todos y –lo que es más grave–, de mis propios clientes, comienzan a estudiar Arquitectura.

Un reputado profesor de esta Escuela, me confiaba por entonces: "Puede que no te lo creas, Rafael, pero te doy mi palabra de honor de que tengo un amigo quien tiene un hijo que no estudia arquitectura".

Cuando ya se estaba a punto de restablecer el equilibrio ecológico, surge la rebelión de Mayo del 68 y con ella un nuevo aliento a la masificación universitaria.

El pánico que recorrió la columna vertebral de los gobernantes europeos ante aquella masa estudiantil sublevada, –sin saber bien por qué–, los indujo, –sabiendo bien por qué– a desmontar la selectividad de ingreso en las Facultades y a reducir drásticamente la duración de los estudios, sacrificando la Universidad en aras de la demagogia.

Se inventa el prepóster "Universidad de masas" y la excelencia y el mérito quedan desterrados.

Los economistas se sienten satisfechos: El costo de producción de la mercancía "arquitecto" se ha rebajado en proporción directa a la duración de la carrera.

Los políticos respiran tranquilos: Recortados los estudios superiores ya no habrá clasismos ni se repetirán insurrecciones.

Tucídides explica muy elocuentemente esta extraña relación causa-efecto:

En cierta ocasión entrevistó a un Sátrapa. Con el desparpajo típico de aquellos historiadores-periodistas de la Grecia Clásica, le espetó: "He comprobado que su pueblo le odia y, no obstante, su Excelencia se mantiene desde hace décadas en el poder. ¿Como lo consigue?".

El tirano guardó silencio. Momentos después le instó a dar un paseo por el jardín.

Al pasar ante una rosaleda se detuvo; una hermosa rosa sobresalía esplendorosa sobre el macizo.

Extendió la mano, la segó, la aplastó entre sus dedos y se la ofreció a Tucídides.

Esa fue su única y expresiva respuesta.

– Vieja raza esta de Gobernantes–.

Quizás por ello ninguno levantó su voz cuando se decidió degradar la Universidad Europea y con ello poner límites al crecimiento intelectual, techo al desarrollo del hombre.

Ya en el XVIII, sus antepasados, –el Claustro de la Universidad de Cervera–, aseguraban complacientes al monarca absoluto Fernando VII: “Lejos de nosotros, Majestad, la funesta manía de pensar”.

Por lo demás, en varios países de la CE, los estudios de Arquitectura se han reducido a cuatro años, –menos de la mitad de lo que fue habitual en algunas universidades–.

Y aún cabe empeorar. Existe el cero absoluto:

La Directiva europea de arquitectura concede al Jefe de Estado Francés el poder jupiterino de transmutar en arquitecto de repente, a quien le peta. –Basta con que proclame en el Boletín Oficial que esa es su voluntad–.

En esta cultura del “instant-architect”, como en la del “fast-food”, hay algo que no encaja del todo.

La arquitectura no es tan solo un arte. Precisa de unas técnicas instrumentales para materializar la ideación, –único modo posible de creatividad–.

No es poca cosa la formación tecnológica que para ello se precisa.

Según Vitruvio, hace ya 2.345 años, Pithius, autor de una de las siete maravillas, –el mausoleo de Halicarnaso– comentaba que “aún comenzando desde niño, la complejidad de conocimientos que el arquitecto requiere es tal, que una vida entera no resulta suficiente para adquirirlos”.

Tal vez por ello, a diferencia de la Música, en Arquitectura jamás hemos tenido genio alguno a los seis años de edad.

Pero aún hay más.

La arquitectura no es tan solo un arte. Precisa de unas técnicas instrumentales para materializar la ideación, –único modo posible de creatividad–

Cierto que, además de arte, la Arquitectura es cultura y no otra cosa que Cultura.

Algo que puede ser aprendido, pero difícilmente enseñado.

Porque para la tarea de impregnarse de conocimientos, de digerirlos y pasar de la erudición a la sabiduría, para poder asimilar la cultura, es imprescindible el factor tiempo.

Este fenómeno posee cierta semejanza con la crianza de los buenos vinos por lo que tiene de paciente espera.

Los geniecillos japoneses han desarrollado un tren de fabricación, de cuyo nom-

bre no quiero acordarme, que acepta uva por un extremo y destila vino gasificado por el otro.

Personalmente estimo que este espumoso difícilmente admitirá comparación con un Champagne de Reserva sosegadamente criado.

— No es sabio tirar de las hojas de la Rosa para que éstas crezcan. La Rosa se rompe—.

Tampoco en Arquitectura caben cursillos acelerados.

Atrapados en el problema imposible de adaptar los planes de estudios al insuficiente tiempo de enseñanza disponible, los claustros de las Escuelas se encuentran hoy divididos entre ‘humanistas’ y ‘tecnólogos’. Cada grupo tratando de excluir al otro.

Peligroso planteamiento.

Cuando me dan a elegir entre A ó B —decía Lyautey— es que sin duda debo de escoger A + B”.

No hay tal dilema: Tan solo una falaz falta del tiempo preciso para la enseñanza debida.

Sin embargo, lejos de ir solucionándose, la cuestión parece agravarse aún más.

Sobre todo por la reciente arribada de otros nuevos y poderosos amigos de la masificación:

Los tecnócratas que consideran la Arquitectura como una mercancía cualquiera.

Es para ellos imperativo reducir todavía más la duración de los estudios para así provocar una explosión demográfica, **disparar el número de arquitectos más allá de la capacidad de soporte del mercado, hacer que la oferta exceda a la demanda y derrumbar los precios.**

Exacerbando la lucha por la supervivencia, esperan llevar hasta límites insospechados la competitividad profesional.

De momento nos encontramos con cerca del triple de los arquitectos que, según la UNESCO, son precisos en el Mercado Común, y —lo que es más alarmante— con una cifra análoga de estudiantes.

Por primera vez en la historia empiezan a salir de las Universidades Europeas generaciones peor preparadas que las de sus padres.

La calidad del producto “arquitecto” está lejos de ser óptima.

Paradójicamente, pretendiendo crear arquitectos más competitivos, tan solo se ha logrado producir arquitectos menos competentes.

La compleja formación de los arquitectos —no es ocioso repetirlo— exige una duración mínima irrebachable.

No compete a los políticos, y menos a los economistas de mercado, la determinación de ese precioso espacio de tiempo.

Conclusión, ésta, que compartimos con Universidades, Academias, Institutos Profesionales y otros asentamientos de cultura.

Por primera vez en la historia empiezan a salir de las Universidades Europeas generaciones peor preparadas que las de sus padres

Pero volvamos a nuestro análisis:

Veíamos antes que para aminorar los honorarios de los arquitectos se había planeado, además de masificar la oferta de éstos, impulsar el desplome de precios, "desregularizar los honorarios", eufemismo que significa no poner límite alguno –material o deontológico– a reducciones de honorarios, aún por debajo de costos.

"Como si de una barra de pan se tratase" –en expresión del Presidente del Tribunal de Defensa de la Competencia de España–.

Se trata de la segunda gran "operación":

II MINIMALIZACION DE HONORARIOS.

Para predecir los resultados de la política de "desregularizar los honorarios" no es preciso especular sobre teorías monetaristas.

Tenemos dos inestimables experiencias a tamaño natural.

El primer ensayo se realizó en Chile bajo el mandato del general Augusto Pinochet.

Milton Friedman, asistido por un grupo de discípulos, –ascendidos a ministros y popularmente conocidos por los "Chicago Boys"–, recibió el inusitado encargo de aplicar sus teorías a escala nacional junto con el extraordinario poder de eliminar todo obstáculo que distorsionara el escenario ideal para el éxito de la empresa.

Poner un país entero en manos de unos economistas carecía de antecedentes.

Era la ocasión de oro para saltar de las hipótesis de laboratorio a la experiencia en vivo.

La desregulación de tarifas que nos ocupa, no solo se aplicó a los arquitectos, sino que alcanzó, –como la teoría mandaba–, hasta los taxímetros.

Nada que hubiera de hacerse dejó de ser hecho.

Años después la economía del país se había hundido.

Friedman se quitó de enmedio dando por toda explicación del fracaso el que, aunque ciertamente había gozado de todas las condiciones ideales para el triunfo de su experimento, el dogma del libre mercado no admitía excepción alguna y, sin embargo, había habido una: que su mentor, el Presidente, "no había sido elegido democráticamente" (sic).

El argumento debió convencer a alguna de sus más incondicionales admiradoras.

Solo así se explica la reincidencia en prohibir las tarifas de los arquitectos, esta vez en el Reino Unido, bajo la autoridad de la Premier Mrs. Margaret Thatcher.

Los efectos no se han hecho esperar:

Consecuentes con la oportunidad de obtener proyectos a precios de saldo, antes de acometer una nueva promoción los clientes convocan oportunos concursos de honorarios.

Han oído bien: Concursos de honorarios, –no de proyectos–.

Estas subastas a la baja son sistemáticamente ganadas por equipos de profesionales que ofrecen sus servicios por "zero fees", –lo que en inglés quiere decir "nada"–.

Por Supuesto la Administración es la primera en dar ejemplo convocando obligatoriamente estas licitaciones para presupuestos superiores a dos millones de libras, con el riesgo inherente de tener que adjudicarlas a individuos –capaces– de trabajar-por-nada.

Trabajar dignamente remunerado significa libertad, hacerlo a cambio de medallas era propio del comunismo, trabajar por nada se llamó siempre esclavitud.

Y difícilmente pueden conciliarse esclavitud y democracia.

Tal vez por esta razón desde siempre, hasta en las subastas de obras, se suelen fijar unos niveles mínimos de ofertas para evitar lo que, en el argot profesional, se denominan “bajas temerarias”.

– Si en el futuro hubiéramos de llegar a la misma conclusión en lo referente a los honorarios, habríamos reinventado las hoy cuestionadas “tarifas mínimas”–.

No es hipótesis improbable. Bastará un poco menos de fanatismo monetarista.

Recordemos aquella sabia sentencia árabe:

“Quien decide comprar la leche a mitad de precio, sepa que está mercando más de la mitad de agua”.

En la prosaica economía de mercado no existen divinos milagros.

Todo lo más tenemos aquellas “invisibles manos del mercado” a las que aludía Adam Smith.

Digámoslo sin rodeos: No estamos totalmente seguros de que esos profesionales del “zero fees” sean del todo unos ángeles y, ya que no el cliente, son las invisibles manos de los suministradores, o de la propia contrata, las que se ven obligadas a restablecer el orden del sistema, abonando opacas “comisiones” a dichos sujetos y a repercutir después su coste en el de la obra –por supuesto en connivencia con éstos–.

– Una vez más el cargo lo pasa la calidad de la construcción y la factura la paga el sufrido consumidor–.

Pero no se alarmen. No voy a moralizar.

Existen diversas clases de moral.

A fin de cuentas “moral” solo significa “costumbre”.

En la moral “sui-générís” del mercader percibir una comisión, no solo es lícito, sino saludable, –es lo que acostumbra–. Es lo suyo.

Pero la Arquitectura no es un negocio, el arquitecto no está formado para comerciar, no es un mercader, no tiene “moral de mercado”, sino una estricta ética profesional.

– De hecho un buen profesional suele ser pésimo negociante–.

No caben componendas.

El que un arquitecto perciba comisiones y precisamente de quienes ha de controlar, tiene la calificación legal de cohecho, ética de soborno y moral de corrupción.

Y nada ni nadie posee el endiablado derecho de inducir a nadie ni a nada a situaciones de perversión.

Cuando el Sumo Hacedor nos enseña a rezar, sabiendo de la frágil condición humana, nos aconseja que le supliquemos: “Et nec nos inducas in tentationem”, –con

lo que viene a decirnos que, es tal nuestra debilidad, que ni siquiera podemos admitir la hipótesis de ser tentados—.

— (Perdonen la cita en latín, pero el “dictum” es tan severo que está dulcificado en todas las traducciones que conozco).

La Arquitectura no es un negocio, el arquitecto no está formado para comerciar, no es un mercader, no tiene “moral de mercado”, sino una estricta ética profesional

Este inalienable derecho a rogar a los dioses por nuestro bien comporta la ineludible obligación de exigir a los gobernantes que eviten nuestro mal.

Tanto más cuanto, —pese a que la excepción de una sola persona justificó al parecer el fracaso chileno—, los arquitectos son los únicos intervinientes en el hecho edificatorio sometidos a este régimen de nanonización de emolumentos.

Agravio comparativo que, en una democracia, es consecuencia tan lógica como impresentable.

En efecto:

A diferencia de los beneficiarios de los “salarios interprofesionales mínimos”, periódicamente negociados por los sindicatos, a los profesionales no les cabe promover “Jornadas de huelgas disparatadas desincentivadoras de la inversión”.

Pues, al decir de Maurois, a los “hijos de Marta” no les está permitido hacer lo que a los “hijos de María”.

Los arquitectos simplemente no podemos hacer huelgas.

Ni siquiera sabríamos evitar que la Arquitectura hiciera por su cuenta la suya propia:

Una lenta, invencible, huelga de calidad y habitabilidad cuyo negativo éxito, con estas medidas que premian la incompetencia y la corrupción, es harto probable.

Acabará dañada la Arquitectura y con ella su resultado: la ciudad, la “civitas” —matriz de la civilización—.

Es paradójico que, tratando de conseguir una Arquitectura *más barata*, el precio que haya que pagar sea, literalmente, *tan caro*.

Resta todavía por analizar la última renuncia que el Mercado Común exige de sus arquitectos.

Considerados éstos un serio obstáculo para sacar partido de la “capacidad de construir barato” que dice de sí misma tener la Contrata, se adopta la fórmula de invertir el clásico orden jerárquico Arquitecto-Contratista quedando éste en libertad de hacer y deshacer.

Tercera y última gran operación que, en términos marciales, bien podría recibir el nombre clave de

III DEGRADACION DEL ARQUITECTO

Desde tiempo de Hamurabi, toda edificación precisa la intervención de la terna de actores: Propiedad, Arquitecto y Contratista quienes, respectivamente, promueven dirigen y realizan la obra.

Este reparto de funciones ha demostrado ser insustituible por dos razones básicas:

En primer lugar porque es imposible –en términos de eficacia– fundir en una sola las figuras del Arquitecto y del Contratista.

Quien ha tenido alguna vez que ser constructor de su propio proyecto ha probablemente experimentado la incómoda sensación de que su mente en “situación de contratista”, –guiada por la sola búsqueda del beneficio–, es del todo incompatible con la “mente de arquitecto”, –presidida por más y más complejos argumentos–.

Cabe, –no sin esfuerzo–, alternar ambas mentalidades, pero no es posible simulta­nearlas.

De ahí que los códigos deontológicos, desde siempre, prohibieran al Arquitecto ser, para terceros, Contratista de sus propios proyectos.

La segunda razón es más prosaica: Si no existe un control del Contratista éste tendría que fiscalizarse a sí mismo.

Y no es cosa fácil para ningún mortal auto-penalizarse.

(–El culto a la diosa Cibeles se extinguió por la desconsiderada ley que obligaba a sus sacerdotes a castrarse con su propia mano–).

Sin embargo una directiva “ad hoc” europea consagra la fórmula de los concursos tipo “Concepción-Construcción”, en los que la Empresa Contratista oferta no solo la construcción, sino hasta el proyecto de su arquitecto, –profesional por ella contratado y por tanto a sus órdenes directas–.

Los baremos oficiales para la evaluación de dichos concursos son alarmantes:

1º Precio, 2º Plazo, 3º Facilidades de financiación.

– No sigue la lista–.

El mensaje subliminal es un embrutecedor: “olvídense de la Arquitectura, de la calidad de vida. Solo el precio importa”.

El trinomio Cliente-Arquitecto-Constructor queda reducido al “pas-de-deux”: Cliente-Contratista.

Destruir la necesaria independencia del Arquitecto para, invirtiendo el orden secular, someterlo al dictado de cierta contrata, degradarlo jerárquicamente, supone abandonarle en condiciones impeditivas para cumplir con sus responsabilidades de proyectista o de director de obra.

Por otra parte, incontrolado el contratista, –único presunto beneficiario de toda baja calidad constructiva–, no solo es imprudente sino, como antes veíamos, algo de más que dudosa moralidad.

Tratándose de obra pública y desaparecido el arquitecto, –testigo incómodo–, el político queda también bajo sospecha.

Difícilmente cabe concebir sistema más aberrante y contradictorio:

En nombre de un peculiar *liberalismo* se hace cautivo al profesional *liberal*.

Invocando la *eficacia* se propicia la obra mal hecha, paradigma de toda *ineficacia*.

*Quien ha tenido alguna vez
que ser constructor de su
propio proyecto ha
probablemente
experimentado la
incómoda sensación de
que su mente en “situación
de contratista”, es del todo
incompatible con la
“mente de arquitecto”.*

Con lo cual concluimos que, las tres grandes operaciones acometidas por el M.C.:

Masificación profesional, Minimalización de honorarios y Degradación del Arquitecto.

Generan respectivamente:

Incompetencia, Corrupción y Dependencia.

Factores que se contraponen, término a término, con los grandes principios morales que son para nosotros imperativos y conforman la Etica Profesional Liberal. Todo arquitecto ha de ser ejemplar por su

Competencia, Honradez e Independencia.

Consecuentemente, la gran síntesis de la prospección realizada es que el objetivo final que la CE se ha propuesto destruir resulta ser el corazón mismo de nuestro código moral.

En otras palabras: condenado a una formación universitaria insuficiente, forzado a una competencia profesional viciada, inducido a un clima de corrupción, y privado de su necesaria independencia frente al Contratista, el Arquitecto devendrá técnica y moralmente irresponsable, por tanto inútil y del todo prescindible.

Prescindencia que, según hemos visto en Chicago, es ya algo más que mera hipótesis.

La crisis que enfrentamos no es pues sólo filosófica, sino también moral y hasta existencial.

Este es, en nuestra opinión, el diagnóstico de la enfermedad.

Su etiología, el verdadero peligro del Mercado Común, como ya se vislumbraba, hay que buscarlo en su propio enunciado, en su mediocre condición de solo mercado, en la reglamentación de nuestra existencia por una casta de burócratas fundamentalistas del monetarismo para los que la Arquitectura no pasa de ser una mercadería más.

Pero los políticos, los burócratas, mercaderes y monetaristas no son nuestros líderes; tan solo son nuestros sirvientes.

– Como servidores de nuestros clientes también lo somos los arquitectos–.

Creo que forma parte de nuestro común substrato cultural aquella prudente pauta de comportamiento que reza:

“Dios me conceda la serenidad precisa para aceptar aquellos problemas cuya solución no dependa de mí, el coraje necesario para encarar aquellos otros que yo pueda resolver y suficiente sabiduría para distinguir los primeros de los segundos”.

En la primera de estas hipótesis cabría la resignación de pasarse al enemigo y tratar de sobrevivir asumiendo las nuevas reglas de juego.

Olvidarnos de nuestros estrictos códigos deontológicos y, convertidos en unos mercaderes más tratar de adoptar la moral de éstos.

El precio de este travestismo ético sería la desaparición de nuestra profesión tal como hoy la conocemos.

También cabe encastillarse moralmente en espera de un mañana mejor, sentarse en la puerta a la espera de ver pasar el cadáver del enemigo.

No sería la primera vez. Tenemos antecedentes próximos:

En la República Popular de Bulgaria, pese a los denodados esfuerzos de Stoilov, un arquitecto solía percibir por su trabajo menos que el salario de un maquinista de construcción por la sencilla razón de que si éste no estaba satisfecho podría deteriorar la costosa máquina a su cargo.

Cierto día mis viejos amigos, los Dobrev de Sófia, me invitaron a una entrañable fiesta familiar para celebrar la graduación "cum laude" del hijo mayor.

Había motivo de orgullo ya que dichos estudios se encontraban entre los más exigentes de toda Europa socialista.

*La crisis que enfrentamos
no es pues sólo filosófica,
sino también moral y hasta
existencial*

Mientras escuchaba un excelente concierto de violín ofrecido por el nuevo colega, me preguntaba qué le podía haber impulsado a realizar tan largos e intensos esfuerzos para, al final, verse menos recompensado que un simple operario.

No pude resistir el impulso de formularle la cuestión.

Jamás olvidaré su respuesta:

"Comprenderás, me dijo, que es una pregunta que a menudo me he hecho a mí mismo".

La única contestación plausible que he encontrado es que si yo no fuera arquitecto, sería muy desgraciado".

Y tras un corto silencio concluyó:

"Lo más irritante es que el sistema conoce esta debilidad nuestra y especula cínicamente con ella".

– Curiosa convergencia de sistemas antagónicos–.

Pero aún queda la alternativa de no resignarse a perder la batalla sin darla.

– La respuesta activa–.

Pensemos que, como dicen los germanos, "A quién se encuentre arrojado en el fondo de un pozo no ha de preocuparle demasiado lo que debe de hacer: El primer paso que dé, necesariamente le conducirá a la salida".

Preveníamos en primer lugar a esos políticos que rechazamos de frente, su contracultural proyecto.

Que, los artistas, pensadores y cuantos profesionales forjamos el alma de nuestra nueva y común nación, no podemos ser excluidos de ella.

Que defenderemos nuestro derecho a participar en esta hermosa, limpia y apasionada aventura llamada Europa.

Donde la vida no se mide solo por parámetros monetaristas.

Ni el éxito es siempre el triunfo del más fuerte.

Que somos arquitectos –y por ello hombres de Cultura–.

Que somos profesionales liberales –y por tanto amantes de la libre Competitividad–.

Pero Competitividad por la Calidad y por la Arquitectura como expresión cultural.

Valores, ambos, irrenunciables; no negociables.

Otras Profesiones liberales también se resisten a ser destruidas.

Las Academias se encuentran alarmadas por el proceso de aculturización acometido, las Universidades se cuestionan si volverán a ser la cuna del saber, guía del espíritu y motor del progreso.

No sería tampoco la primera vez que las más altas instancias acudirían en nuestra defensa.

Ya en el "Siglo de las Luces", Carlos IV, Rey de España, denunciaba a la nación —cito textualmente—, "El riesgo continuo que corre la Arquitectura de viciarse por el escandaloso número de *idiotas* que se atreven a entrar, por codicia en su Santuario" (sic).

Arrojemos pues, a los idiotas del templo y habremos empezado a salvar ese objeto de nuestros desvelos que es la Arquitectura.

Una vez más, demasiado no es bastante.

Elijamos con Lyautey A+B. —La respuesta por activa y pasiva—.

De este modo nuestra determinación se verá además, multiplicada por la invencible fuerza de la vocación.

Decía Unamuno que hay tres clases de zapateros: "El que fabrica zapatos por dinero, el que los elabora para llegar a ser famoso y aquel que los hace para que se encuentren más a gusto los pies de sus clientes".

"Solamente a éste último se le echa de menos después de muerto", —concluía—.

Válganos pues en esta contienda nuestra vocación de ordenadores del espacio para el bienestar del hombre —pies incluidos— que no otra cosa es la Arquitectura.

A fin de cuentas, combatir, sacrificar todo por lo que se ama, servir —la palabra más bella que existe—, ser por ello recordados y trascender, es lo que en verdad importa.

Va en ello nuestra razón de ser.

